

Es verdaderamente extraño que un pintor que se autodenomina autodidacta, que también se confiesa venido al arte en directo desde el mundo del trabajo, resulte afiliado a la tendencia surrealista. Todos cuanto han tratado de este joven pintor, Manuel Rodríguez Ramírez, nacido y criado en el pueblo granadino de Albolote, se han ocupado de su tendencia surrealista, la que en él es bien patente y de perfecta fidelidad al sistema de los Dalí, Chirico, Thiemann, a del lituano Chagall. Pero el caso es que el surrealismo tiene sus exigencias, sobre todo discursivas, necesarias de una larga preparación. Un pintor se puede improvisar de impresionista, de naturalista, pero no de surrealista en lo que mucho más que lo objetivo, tiene su importancia lo intelectual. De aquí sus contactos o discrepancias, tan bien vistos por el eminente profesor muniqués Seldmair, políticos, filósofos, religiosos o antireligiosos heredados del manierismo de un Pontormo, un Beccafumi, o sobretodo de un Parmegianino, y más aún con lo caótico de otros pintores un tanto arbitrariamente introducidos en el Manierismo, como Jerónimo Bosch y Bruegel. Es toda ella pintura en la que más que lo objetivo tiene importancia lo subjetivo, de aquí su afinidad con lo literario, que hermana a Kafka con Eude o Klee y envuelve a Marx Ernst y Rimbaud o Eluard, todo bajo el encauzamiento del promotor del surrealismo André Breton. Su adaptación y práctica en lo moderno requiere un conocimiento o al menos, una intuición no siempre fácil y que Rodríguez, por lo menos en el externo, ha conseguido, logrando como es propio de la tendencia separadora de lo real, del orden lógico y aún de las formas correctas aunque de cosas determinadas y que exige, y este es el escollo de este tipo de pintura, saber pintar muy bien y aún mejor dibujar. Podemos decir que Dalí es uno de los más formidables dibujantes de nuestro tiempo.

Pues bien; todo este conjunto de dificultades propias de la tendencia adoptada, el pintor de Albolote, quizás no las conozca en su enunciado especulativo, pero peregrinamente las adivina. De su pasado obrerista conserva un claro sentido de la realidad subordinada al propio criterio, lo que supone un acercamiento al surrealismo y con este elemental bagaje se lanza a pintar con éxito cuadros y cuadros, expone en colectivas e individuales de importancia, por toda España. La crítica lo juzga con elogios. El público comprende, alaba y hasta compra sus producciones. Quizás uno de los mayores valores de la pintura de Manuel Rodríguez sea lo agradable y comprensible de su manera y de su representación, además de un cierto instinto pictórico que le impide caer en los excesos de fundidos y blanduras que algunos creen inseparables del surrealismo. A esto se añade la gracia del color siempre armonizado, encanto cromático que tampoco cuidan los compañeros de nuestro pintor en la tendencia adoptada por este. Tampoco podemos olvidar su perfecto equilibrio en lo arbitrario de sus composiciones.

Vocación firmísima de pintor, voluntad incontrovertible de avanzar en su arte, de mostrar su obra al público, al que pide opiniones orientadoras, que las más de las veces se lo han convertido en alentadoras, para animar a este pintor que tanto entusiasmo y esperanzas pone en su arte.

*Marino Antequera*  
*Crítico de arte y periodista*